

EL TESORO DE OAZITLA

Vanessa Hernández Camarena

*Para todas aquellas personas
que sueñan con mundos
más allá de lo que conocemos.*

Capítulo 0

Aquel día la tierra tembló, los animales alzaron sus rostros con ojos redondos y curiosos hacia el mar. Las olas surcaban enormes espirales de espuma, y más allá, en el horizonte, apareció un barco. El bajel se hizo más grande conforme el sol anaranjado descendía en un cielo rosado, y detrás de esa embarcación venían cuatro más; enormes navíos con velas blancas que tenían pintadas el símbolo del Nuevo Mundo.

El primer barco llegó a la playa, arrasando con cientos de corales y haciendo que miles de peces huyeran del estrepitante ruido de los cangrejos y tortugas siendo aplastadas. Cuando se detuvo, y detrás de él los otros cuatro, unas botas de cuero pisaron aquella arena virgen. La siguieron otras tantas, y el humano por primera vez llegó a Oazitla, *Zemtzitla eykipa clayen*. Mejor conocido por los conquistadores como Oazis, guardando su raíz con el idioma original, pero modificándolo lo suficiente para que significara algo para ellos. Un oasis, un sitio de tregua tras las tormentas del océano. Se trataba de una tierra libre donde el humano avaricioso buscaba nuevos tesoros. Clavarón una espada en la arena, proclamando ese lugar como suyo, y tras acampar un par de noches a la intemperie de la costa y alimentándose de las iguanas que se acercaban, decidieron seguir el río que abría al mar desde el interior de la selva.

Cinco hombres, el capitán de cada navío: Magnus Vindice, Vittorio Speranza, Alejandro Hernández, Rúarí Ard y Víctor Praetor; se adentraron a la selva caminando por la orilla del río. Con machetes y espadas se abrían camino tajando las enormes hojas oscuras y quebrando las lianas gruesas; mientras que en el campamento el resto de la gente se encargaba de cortar los árboles, haciendo que majestuosos troncos cayeran hasta tocar el suelo, ultimando que cientos de aves emprendieran vuelo, abandonando sus nidos y asesinando a sus crías. Árbol tras árbol, comenzaron a tirar todos para construir cabañas y alimentar hogueras.

Los cinco hombres siguieron el río por días, sin temor a la oscuridad o a los depredadores que los veían curiosos. Tampoco sentían miedo de aquellas voces que se escuchaban entre las ramas de los árboles. Las brozas se mecían por el viento, pareciendo que alguien se pasaba de un lado a otro mientras las voces murmuraban. Al principio creyeron que era una alucinación, pero pronto lo descartaron, pues se sentían observados. Había alguien o algo que los seguía de cerca, tal un gato escurridizo que cuida sus pasos y se oculta ante la primera amenaza. Caminando escuchaban pasos, quietos escuchaban voces, detrás de los arbustos, detrás de los troncos, entre las ramas y bajo la tierra. Y cuando intentaban poner atención a lo que fuera que dijesen aquellas voces, se dieron cuenta de

que no podían entender ni una sola palabra, era una lengua desconocida, y ese tono, la forma en la que susurraban, era como escuchar los fantasmas de una casona maldita, o atender a la misma muerte rondando en un cementerio.

La oscuridad de la selva los rodeó completamente, sumergiéndolos en olores húmedos y un calor pegajoso. Sus armaduras les pesaban, hora con hora, cada vez más. Cargaban sus celadas bajo un hombro mientras que con la otra mano se seguían abriendo paso. El calor que hacía que sus bocas se llenaran de agua pronto pasó a ser un frío helado que les corrió desde los dedos hasta la nuca, y después de ocho días de marcha, frente a ellos se apareció un enorme lago.

El agua pasaba de ser transparente a un verde oscuro, donde ondas brillantes surcaban la superficie, pues abajo los peces nadaban sin miedo. Caminaron por su orilla y acamparon al atardecer, donde tras caer la noche sintieron una calma atemorizante. Por primera vez en días había silencio. Las voces estaban calladas, como si temieran o respetaran algo en ese lugar. Esa noche ninguno pudo dormir por la densidad del aire, por el presentimiento de estar cerca de algo peligroso, por la esperanza de llegar a un tesoro desconocido.

Al día siguiente caminaron por horas hasta que Magnus Vindice se detuvo en seco y todos lo imitaron; por fin se escuchaba algo, y no era el agua corriendo o las aves en los árboles, sino que era un canto. Una melodía fina como un hilo de seda flotaba en el aire, apenas perceptible y acompañado de delicados sonidos como campanas o un arpa. Todos prestaron suma atención y percibieron que el cántico provenía de una sola voz femenina que tarareaba como lo haría alguien en el corazón de su hogar. Los cinco hombres siguieron caminando hasta que, frente a sus ojos, y oculto entre los árboles, se abría uno de los brazos del enorme lago. El agua cristalina permitía ver las piedras blancas y marrones sobre la tierra, así como los destellos de los peces de brillantes colores.

Los cinco hombres, al escuchar el canto más cerca que antes, se agacharon tras los arbustos y vieron entonces a la dama en la orilla. El agua apenas le cubría los pies y danzaba con aquella piel dorada; su rostro se encontraba pintado con círculos blancos en las mejillas y bajo sus ojos azabaches. Su cabello negro y lacio era adornado con una enorme corona de hueso que formaba un círculo sobre su cabeza; tal unos cuernos que salían por arriba de sus orejas, cubiertas de plantas, y se unieran gracias a todos los hilos que parecían formar una telaraña en el centro. Bajo aquella corona y sobre su cabello se entrelazaban cientos de pequeños hilos dorados, que amarraban joyas verdes, rojas y azules que caían sobre sus hombros y brazos, cubriendo incluso sus pequeños pechos y su sexo. Más joyas le adornaban el cuello en largos collares y colgaban de sus brazos, lo que hacía parecer que cada uno de sus movimientos emitía un brillo solar.

La dama presumía enormes aretes de piedra verde, movía las manos en círculos alrededor de su cuerpo y cantaba dando vueltas sobre sus puntas. Su cintura se movía de lado a lado mientras se agachaba y recogía agua translúcida para esparcirla alrededor mientras giraba sobre un solo pie, luego volvía a alzar los brazos en dirección al cielo, pareciendo que cada movimiento de sus brazos dorados era una orden para los árboles.

Los hombres, ambiciosos, vieron aquel cuerpo semidesnudo y la desearon al instante, pero no solo por su feminidad, sino también por su brillo. Aquel cuerpo era de oro, un oro puro y virgen, y aquellas joyas que colgaban de su cabello, cuello, brazos y pecho, era el más grande tesoro que nunca habían visto. Fue entonces, cegados por la avaricia, el poder y la envidia, que salieron de su escondite tras los arbustos.

La dama giró para verlos y se detuvo de inmediato, mirándolos fijamente a los ojos, a través de sus almas. Alejandro Hernández alzó las manos, un falso gesto en señal de paz, y entonces la mujer lo apuntó con su dedo índice e inclinó la cabeza.

—*Clay zu zikaya en?* —pronunció la mujer todavía con el dedo en alto y la mejilla pegada en su hombro dorado.

Los hombres se voltearon a ver entre ellos y entonces la mujer bajó la mano, pasándola por sus pechos para luego agarrar su barbilla mientras que con la otra mano parecía sostener los cuernos en su cabeza.

—*Maumtla ixtlejua zuen ney zikaya na.*

Los hombres volvieron a verse entre ellos, y como si todos pensaran lo mismo, caminaron juntos hasta la orilla del lago. Sus botas tocaron el agua, en consecuencia, esta se pintó de negro desde su alrededor, ocasionando que los peces aparecieran flotando uno por uno.

La mujer frunció el ceño y se agachó para sumergir las manos en el agua, recogiendo así un pez brillante que se encontraba muerto. Sus ojos se cristalizaron de inmediato y alzó la vista hacia los hombres.

—*Zuen zikaya da ney. Eykihuiliya sute zuen.* —Dejó con delicadeza el pez en el agua, permitiéndole flotar junto al resto, y comenzó a sollozar. Cubrió su rostro con esas manos de delgados dedos de oro llenos de anillos y un grito salió de su corazón hacia su garganta. El grito fue tan fuerte que los hombres tuvieron que cubrirse los oídos y los pájaros de todos los árboles en la isla emprendieron vuelo. Por un momento el cielo se pintó de negro por todas aquellas aves que buscaban

un nuevo refugio y los hombres, asustados por el repentino oscurecimiento del cielo, miraron a la dama —. *Azi zu tauaya napa en.*

Los hombres; al ver la fragilidad de la dama, sus ojos quebrados por el llanto, sus brazos temblorosos y sus manos sujetando con fuerza los collares que recaían sobre sus pechos, sonrieron. Sonrieron de un hambre de poder, todo aquel poder que les podría dar el vender el cuerpo de oro de aquella mujer, el poder que les darían las joyas que colgaban de ella y sobre todo, el poder que podrían tener sobre su cuerpo frágil.

Dieron un paso, haciendo que una onda negra se expandiera por la superficie del lago, luego otro, y de manera lenta fueron avanzando. La mujer, confundida, les gritó que se detuvieran, les pidió que se fueran, que la dejaran en paz, que dejaran su isla en paz, pero los hombres no entendieron ni una sola palabra. Y cuando Vittorio Speranza desenfundó su espada, la mujer gritó.

El grito fue tan afanoso que Vittorio soltó el arma y los oídos le sangraron. Los otros hombres desenfundaron sus espadas y corrieron en dirección a la mujer. Ella dejó de gritar, dio una vuelta tal bailarina, alzó los brazos y fingió tirar de una cuerda desde el cielo. Dio otra vuelta, cubriéndose los ojos y moviendo su cuerpo de lado a lado de una manera seductora. Rúarí Ard, quien encabezaba a los soldados pensaba en su sexo, en el calor de entre sus piernas que le hervía la frente, pensaba en azotar a la mujer boca abajo y desflorarla, disfrutar de su carne dorada antes que cualquier otro hombre. Sonrió y la dama mostró sus ojos, enteramente negros, sin blanco ni vida. Rúarí se quedó petrificado, entonces la mujer comenzó a dar vueltas y Rúarí también, como si fuera una marioneta controlada por ella. Él mismo se lanzó a la lucha contra sus compañeros, con las extremidades tan flojas, como si lo único que interviniere la dama fuera su torso. Sus pies parecían volar y sus piernas se doblaban de manera intensa, rompiendo sus huesos al intentar caminar, pero en su rostro no había ninguna expresión de dolor, solo sus ojos abiertos como puertas al infierno mostraban una desesperación consumidora.

Víctor Praetor dio un paso atrás y corrió para ocultarse tras los arbustos. Cuando iba de regreso, su compañero de oídos sangrantes, Vittorio, se iba poniendo de pie, y apuntando con su espada a la dama gritó:

—Ante la ira divina, pagarás por tus pecados, hechicera maldita.

Ella parpadeó, sus ojos volvieron a la normalidad, alzó los brazos en su dirección, y fue como si desde la distancia tomara su cabeza. El hombre gritó de dolor, su nariz comenzó a sangrar mientras sus ojos se inyectaban de purpura.

Alejandro, el soldado que en un inicio le había extendido la mano en señal de una falsa paz, corrió en su dirección con la espada en alto. La dama dejó a Vittorio y chapoteó en el agua, volvió a dar vueltas y bailar susurrando palabras en su lengua desconocida. Alejandro comenzó a ir más lento hasta detenerse y apretar su pecho. El rostro se le pintó de rojo hasta que con desesperación y furia comenzó a deshacerse de la armadura, pronto comenzó a escupir agua, al principio salió transparente, pero pronto fue verde, para terminar negra. Se estaba ahogando.

Magnus Vindice, el ultimo que quedaba de pie, comenzó a carcajear como si se tratara de una obra.

—Hoy podría ser un buen día para morir, pero querida, venderé todas tus joyas y te cortaré en pedazos para vender tu carne.

La mujer volteó a tiempo para esquivar su espadazo, recibiendo apenas un rasguño en la mejilla y haciendo que su sangre plateada escurriera hasta su pecho.

Volvió a gritar y Magnus, luchando contra la necesidad de cubrirse los oídos, volvió a alzar la espada. Lloraba sangre cuando cayó inconsciente sobre ella. La dama sacó su rostro del agua. El maquillaje blanco que había pintado líneas en sus mejillas se le escurría por el cuello hasta el cabello negro, dejando ver su piel de oro que reflejaba al sol en el claro. Tomó una bocanada de aire y con todas sus fuerzas hizo el cuerpo de Magnus a un lado. Comenzaba a ponerse de pie, con el cabello cubriendo parte del rostro, cuando Vittorio se le echó encima. Ella forcejeó para poder al menos respirar. Vio a Vittorio a los ojos, aquellos inyectados de sangre. Él movió la espada entre los dos y la tomó del cuello, apretando con fuerza. Ella intentó deshacerse de su agarre y pataleó lo más que pudo, pero lo único que conseguía era apenas dar chapoteos en el agua. Entonces Vittorio le clavó la espada en el abdomen y la mantuvo ahí hasta que ella se detuvo. Las últimas burbujas salieron de su boca, y cuando creía que había ganado, aquel lago se hizo profundo de un momento para otro. Las piedras grises y marrones comenzaron a caer en un vacío negro, y el cuerpo de la dama se sumergió tan rápido que a Vittorio apenas le dio oportunidad para arrebatarle un par de collares.

Nadó, buscando cualquier sitio donde apoyarse, pero no encontró ninguno. Llegó a la orilla y vio a sus compañeros. Sonrió y mostró los collares de oro y gemas, y volvieron a la playa como vencedores.

Los sacerdotes y médicos atendieron a los heridos dentro de las carpas que habían montado. Las extremidades de Rúarí no eran más que despojos, polvo de grandes monumentos. El jerarca religioso, Fray Gabriel de León, solicitó que la familia de Rúarí se reuniera con él, antes de que pereciera. Su mujer y tres hijos acudieron al instante, mientras el resto de las familias de los capitanes disfrutaban de sus padres y maridos sanos

—Nos abandonaste a nuestra suerte. —Le dijo Vittorio a Víctor en el borde de la selva y la playa, tras las dunas.

—Y-yo ¿qué podía hacer?

Vittorio lo tomó del brazo.

—Lo mismo que hicimos el resto, enfrentar a esa bruja.

Las estrellas de la noche parecían centellear de emoción ante el conflicto, mientras las antorchas y hogueras alrededor de las carpas luchaban contra el viento helado que minutos antes había sido extremadamente caluroso. Víctor miró alrededor, buscando a alguien que lo salvara de Vittorio, pero su gente andaba en la playa despreocupada, dirigiéndose a sus hogares temporales. Luego volteó para ver la selva, que en ese momento era una negrura sin fin.

—No creo que haya sido una bruja. —Soltó apenas con un hilo de voz, intentando entender algo de lo que decían los susurros en la oscuridad.

Vittorio carcajeó y lo lanzó hacia la arena.

—Era una bruja, mensajera de Lucifer.

Vittorio negó con la cabeza.

—Creo que ella era algo más... Ella... —tenía los ojos bien abiertos, hundidos en miedo viendo la selva—. ¿La escuchaste? Cuando la mataste ¿La escuchaste?

—Ella no dijo nada, tenía la cabeza bajo el agua.

—N-no, no Vittorio, no entiendes, ella habló, yo la escuché, en mi cabeza —puso un dedo en su sien, su mano le temblaba y estaba llorando—. Ella me dijo que era una diosa y que nos maldecía, que estamos malditos.

—¿Pero qué dices!? ¿Cómo te atreves a decir eso!?

Víctor puso un dedo en sus labios, en señal de que guardara silencio, las lágrimas le habían llegado a la barba color caramelo.

—Escucha, Vittorio, escucha —abrió la boca, con los ojos puestos en la selva, los murmullos se escuchaban como gritos lejanos—. No entiendes Vittorio, no entiendes nada. Ella nos ha condenado, y no solo a nosotros, a nuestros hijos, nuestra sangre. El primogénito de cada uno sufrirá y será una historia de nunca acabar, generación con generación la maldición será más fuerte, hasta que no quede nadie —por primera vez lo volteó a ver y Vittorio retrocedió, el rostro de quien había sido su amigo le infringió un temor desconocido, no había parpadeado ni una sola vez—. Estamos perdidos, tuvimos que habernos ido cuando ella nos lo dijo —comenzó a negar con la cabeza mientras su boca se mecía en una curva de sufrimiento—. Nuestros hijos están perdidos y nunca podremos salir de la isla.

—¿Pero qué...? — y antes de que Vittorio pudiera terminar su oración, un grito se escuchó más allá, entre las carpas.

Vittorio corrió en esa dirección mientras Víctor se sentaba en la arena y se aferraba a ella, pidiendo disculpas a la oscuridad, llorando y rezando.

Vittorio apenas vio a su amigo, pues su atención se centró en las carpas en llamas. La gente corría de un lado a otro mientras él, confundido, buscaba un punto fijo donde descansar su mirada, y ese punto fue Rúarí, quien resucitado de los muertos caminaba sobre sus piernas rotas quemándolo todo, en una mano una antorcha, en la otra la cabeza de su hijo menor.

El Fray Gabriel de León llegó a Vittorio junto con Magnus y Alejandro.

—Hay que ir a los barcos antes de que los quemen. Varios han sido poseídos, esta isla está maldita, es el infierno. —Dijo el sacerdote.

Y así, todos los que pudieron, huyeron a los navíos y con el poco viento intentaron alejarse de aquella playa. Cuando creyeron que su dios los había bendecido y veían la isla a lo lejos apenas como un punto, voltearon hacia el horizonte, y ahí estaba de nuevo, la isla tan cerca que la quilla ya se encontraba arrastrando en la arena. Volvieron a intentar irse, una y otra vez, pero siempre la isla aparecía delante de ellos.